

de la *contemplacion* y de la *meditacion*. En 1554 fué nombrado presidente del nuevo convento de Badajoz, y se estendió con tal rapidéz la fama de su saber y de sus virtudes, que de todas partes acudian gentes para verle y admirarle; pues bien fuese en el púlpito, ó bien en conversacion particular, donde quiera que se hallase fray Luis de Granada, lucia su elocuencia evangélica y su gran piedad. Fray Alberto de las Casas, maestro de la órden, le autorizó para que pasase á la provincia de Portugal con el distinguido empleo de reformador. Allí fué nombrado provincial, y concluido el tiempo en que debia ejercer sus funciones, se quedó en el convento de Santo Domingo de Lisboa, donde residió lo restante de su vida. Catalina, viuda de Juan III y regenta de Portugal, le nombró su director y su consejero; y justa admiradora de sus virtudes, quiso premiarle con el arzobispado de Braga que fray Luis de Granada renunció con noble constancia, considerándole incompatible con su estremada humildad; pero si bien logró que Catalina desistiese de su empeño, no pudo escusarse de designar sugeto capaz para tan elevado empleo. Indicó, pues, que el mas á propósito era fray Bartolomé de los Mártires, y no se engañó, porque este digno prelado rivalizaba con él en virtud y en sabiduría, y por fin la esperiencia comprobó el acierto de su eleccion. Granada rehusó igualmente el capelo con que el Papa Sisto V quiso honrarle, y aun algunos años despues se separó de toda funcion pública para poderse dedicar con mas libertad á la composicion de sus obras, á la predicacion y á satisfacer los deseos de varios personajes eminentes que le consultaban con frecuencia sobre diversos negocios. Desde esta época nadie mejor que él supo distribuir el tiempo con mas utilidad; oraba, meditaba, leía y escribía en horas proporcionadas, y siguiendo constantemente este régimen, conservó siempre un entendimiento despejado hasta su muerte, acaecida el 31 de diciembre de 1588, á la edad de ochenta y cuatro años, en el mismo convento de Lisboa.

Muchísimas son las obras de fray Luis, y todas ellas llenas de uncion y de piedad, de una erudicion inmensa, de una elocuencia sublime y de una diccion clara é inteligible á toda clase de personas, y que por fin han

merecido el elogio de nacionales y extranjeros. Las principales son las siguientes: *Sermones de tempore et sanctis*, seis tomos de los cuales se han hecho varias ediciones. Citábalos frecuentemente San Carlos Borromeo; y Baillet dice que Granada es tal vez de todos los predicadores el único cuyos sermones han conservado en la lectura la mayor parte del fuego que les animaba en el púlpito. De sus obras dogmáticas la mas considerable es el catecismo ó introduccion al simbolo de la fé, dividida en cinco partes. El método, la claridad y la justificacion caracterizan esta obra teológica, que ha sido traducida en diferentes idiomas. De las morales, el tratado de la oracion y de la meditacion es uno de los libros mas perfectos para ser meditado útilmente por los que siguen el camino de la piedad interior, y el cual, con los otros que compuso, le mereció el elogio que hizo de él el Papa Gregorio XIII por estas palabras: *Doctrina ejus majora extant miracula, quam si cæcis visum et mortuis vitam a Deo impetrasset*. A esta clase pertenecen tambien su memorial de la vida cristiana, las adiciones al mismo y la guia de pecadores que el autor preferia con razon á todos sus escritos. San Francisco de Sales aconsejaba mucho la lectura de las obras espirituales de Granada, y sobre todo la de este último libro, que ha sido publicado y traducido con mucha frecuencia. Fuera de las mencionadas compuso el venerable otras muchas obras, cuyo catálogo se puede ver en Echard que da la relacion de ellas y de todas sus ediciones. Merece entre ellas particular mencion su retórica eclesiástica, escrita para reformar los abusos introducidos en el púlpito, y que contiene un conjunto de preceptos tan provechosos, que aun al presente sirve de guia á los que se dedican á tan sublime carrera. El insigne obispo de Barcelona don José Climent mandó traducirla del latin al español, y costeó la impresion que se hizo en Barcelona en 1770 con el titulo de *los seis libros de la retórica eclesiástica escritos en latin por el venerable P. maestro Fr. Luis de Granada*. Don Luis Muñoz en el capítulo diez y seis y siguientes del primer libro de la excelente vida que escribió del venerable Granada, demuestra que se hallaron en él todas las partes ó virtudes que debe tener un consumado predicador evangélico, y que le gran-

jearon el renombre de *Ciceron cristiano*. Lo que llevamos dicho en este apéndice es solamente una ligera reseña de los grandes españoles que con su santidad y sabiduria ilustraron nuestra nacion é iglesia en el siglo diez y seis. Ahora bien; compárese este estado de verdadera felicidad y grandeza de España con el de trastorno é infelicidad en que se vieron sumergidas la mayor parte de las naciones europeas en aquel mismo tiempo; y pregúntese: ¿qué causa produjo tan diferentes situaciones? Nunca, no tememos asegurarlo, jamás se encontrará esta causa si no se busca en la Religión. Mientras que las otras naciones abrazaban, ó toleraban; ó al menos no perseguian declaradamente la pretendida reforma, y se hallaban en consecuencia envueltas en todos

los horrores del sedicioso protestantismo, España, inalterablemente adicta á la fé romana, y persiguiendo de muerte á la heregía, permaneció tranquila en medio de una commocion tan general: la paz, la abundancia, la riqueza, el poder y el honor en lo temporal; y las virtudes, la sabiduria mas sublime y todas las ciencias, la multitud de santos y varones perfectos segun el espíritu de Dios, fueron el premio con que bendijo la Providencia y coronó su constancia y fidelidad. El error, pues, ó la heregía fué en las demas potencias la verdadera causa de todos sus males; y la Religion verdadera la primera y principal basa y origen de la felicidad y grandeza de España en el siglo del gran Felipe II.

OBSERVACIONES

SOBRE

el origen y progresos del calvinismo en Francia.

La pintura que nos hace el abate Berault-Bercastel al fin de este libro, de la decadencia del calvinismo, ó sea del partido de los hugonotes en Francia, despues de la toma de la Rochela y de los repetidos golpes que le dió el gran cardenal Richelieu, induciria fácilmente á cualquiera á creer que la secta quedó de todo punto destruida en el reinado de Luis XIII. Los grandes, que fueran antes el apoyo del partido, dice el canónigo de Noyon, la nobleza ordinaria y los ciudadanos de todas clases, se desprendieron insensiblemente de la secta fa-

tal, de suerte que no tuvo que hacer el siguiente reinado mas que arruinar sus templos. Estas palabras, tomadas en el sentido riguroso que naturalmente arrojan de sí, hacen concebir la idea de que durante el gobierno del cardenal ministro quedó reducida la heregía á las fábricas materiales de sus templos, y á un corto número de secuaces pertenecientes á la clase infima y mas ignorante de la sociedad; es decir, á un estado tan insignificante, que nada se pudiese ya temer de ella en lo sucesivo. Sin embargo, el autor de estas

observaciones, publicadas hace mas de veinte y dos años, segun dijimos respecto de la Disertacion anterior, cree dista tanto de la verdad histórica esa idea, cuanto dice está convencido de que el calvinismo, aunque humillado por Richelieu y por Luis XIV, nunca abandonó el campo de batalla, sino que fortaleciéndose mas y mas cada día, ya entre las tinieblas, ya á presencia y noticia del gobierno, llegó por último á alcanzar una completa victoria en la revolucion de 1789. Y para que no pueda presumirse de que esta opinion carece de fundamentos, presenta las siguientes observaciones sobre las principales épocas del calvinismo, extractadas de la apreciable obra que escribió el sábio abate D. Lorenzo Hervás y Panduro sobre las causas de la revolucion de Francia (1).

§ I.—Origen del calvinismo.

En la relacion histórica del abate Bercastel, y mas claramente aún en su discurso sobre la cuarta edad de la Iglesia, hemos visto cuáles fueron las circunstancias y la causa que dió origen al tumultuante calvinismo. Apareciendo bajo el fingido y especioso nombre de reforma, pretendió reformar, ó mas bien destruir, los dogmas especulativos del catolicismo, los santos Sacramentos y la gerarquía eclesiástica, que redujo á solos clérigos sujetos á la potestad temporal en todos sus ejercicios espirituales. Pero no contento con introducir la confusion en la Iglesia y con arruinar el altar del verdadero Dios, alzó su mano asoladora contra toda potestad; y á la manera que en los artículos de su creencia enumeraba el de oponerse á toda autoridad espiritual, asi en sus leyes y ordenanzas prescribia las revoluciones y alborotos contra el poder. Asi es que desde su primer origen dió como frutos propios, principio á las rebeliones en Francia, las promovió en sus progresos y las ha continuado siempre. En efecto, el mismo Calvino al empezar á publicar su reforma ó nueva doctrina, confiesa que ella habia ocasionado tumultos. En su obra de las instituciones cristianas, que escribió de veintisiete años, y dedicó al rey Francisco I de Francia, hacien-

(1) Tom. 1, pag. 220 y siguientes, ed. de Madrid.

do apología de su doctrina, despues de haberle dicho que en su reino la verdad no hallaba lugar alguno, se hace la objecion de los que decian que por los frutos ó efectos se conocia su doctrina, pues que habia causado tantos alborotos y tan viciosa libertad. A esta objecion que Calvino se hace, responde no negando los alborotos y tumultos, sino diciendo que estos provenian de la oposicion del diablo á la verdad divina, la cual nunca se publica y propaga durmiendo el diablo; y que por esto al principio de la Iglesia movió el diablo tantas persecuciones contra el cristianismo.

Si valiera en juicio esta respuesta de Calvino, todos los sediciosos y revolucionarios serian declarados inocentes y aun virtuosos. Es cierto el proverbio que dice: *odiunt pariter veritas*; y por esto la verdad cristiana fué y será perseguida en el mundo; pero los que profesan esta verdad sollevan las persecuciones, mas no promueven sediciones y revueltas como en todos tiempos los calvinistas, segun el farisáico espíritu de su heresiarca. Para conocer claramente este espíritu basta observar con atencion las dos cartas que escribió Juan Calvino, en 8 de mayo de 1547, y en 8 de setiembre de 1561, al marqués de Poet, publicadas en 1791 por Mr. de Launai, conde de Entraigues, en las que se descubre el verdadero carácter de los maestros del error, que se oculta siempre á los ignorantes que siguen sus sectas por su propio fanatismo. En sus Instituciones cristianas y en sus Comentarios de la Sagrada Escritura, habla Calvino de la caridad, del desprecio de las riquezas y de otras virtudes; mas en dichas cartas, escritas á su amigo Poet, dice francamente que se debe procurar sin atender á los medios la adquisicion de las riquezas, como todos los calvinistas se las habian procurado. Manifiéstale su arrepentimiento de no haberse enriquecido, y la esperanza de ser ayudado por todos los que habian hecho su fortuna en la secta: le aconseja á que deje ricos y poderosos á sus hijos; afirma que ya los pueblos estaban dispuestos para la sedicion; que su premio será honor, gloria y riquezas; y le exhorta por fin á que persiga á todos los de religion contraria, y haga con ellos lo que él mismo hizo con Miguel Servet, á quien mandó quemar vivo en Ginebra. Por estas espresiones que son propias de Cal-

vino, se ve claramente la verdadera imagen de su espíritu, y del que aprendieron y heredaron de él sus secuaces. En su secta, bien asi como en cualquier otra, aun la mas viciosa, se encuentra una muchedumbre de personas que abrazan y profesan el error por ignorancia ó fanatismo, sin que conozcan ni puedan penetrar hasta el fondo de la impiedad; mas por razon de la doctrina, sus ideas se pervierten, corrompese su corazon, é insensiblemente se disponen para ejecutar con ardor los designios y proyectos de sus maestros que conservan y perpetúan el espíritu de los heresiarcas. Formado este espíritu segun la secta de Calvino, fué la primera causa que empezó á corromper la nacion francesa, y le trazó el camino que despues ensancharon el jansenismo y la filosofia para llegar á un completo triunfo; y el mismo Calvino fué el monstruo que sembró en Francia y promovió el espíritu de rebelion que, fortalecido despues, vino á arruinar su religion y monarquía. Nacido para la ruina de su propia patria, á la edad de veinticuatro años era ya venerado como maestro de su secta, que su gran talento, la virtud que aparentaba en su aspecto y en todos sus modales, y la ignorancia del clero, hicieron famosa en algunas ciudades de Francia. La historia civil de esta gran nacion desde el año 1559, debiera mas bien llamarse historia calvinista que civil francesa; pues todo el gobierno militar y civil, en el espacio de muchos y largos reinados, tuvo el calvinismo por objeto principal de su atencion, ora combatiéndolo, ora halagándolo por temor. En julio del citado año 1559 murió desgraciadamente de una herida de lanza el rey Enrique II, y esta muerte abrió la puerta á continuos desastres en los reinados de sus tres hijos y sucesores, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, último príncipe de la rama de Valois, y en los de Enrique IV y de mas soberanos de la casa de Borbon.

§ II.—Rebeliones y guerras de los calvinistas en el reinado de Francisco II.

Al indicar las principales épocas de los rebeldes calvinistas, no es necesario detenernos en dar una noticia circunstanciada de todas las calamidades que su rebeldía ha causado siempre en Francia; y este detalle por otra

parte haria escesivamente difusa la prometida indicacion. Apenas se encontrará un hombre medianamente versado en la historia que no conozca y esté plenamente convencido de que no hay género alguno de rebelion ó guerra mas desastrosa que aquella en que se mezcla un espíritu falso de religion; y las de los calvinistas, segun la misma historia, han sido precisamente las mas atroces que han hecho en tiempo alguno los hereges contra los católicos. «El calvinismo, como dice muy bien un excelente crítico é historiador (1), ha renovado en Francia todo lo que el furor y rabia, la rebelion, la perfidia, la avaricia, la impiedad, la crueldad, la desesperacion y demas pasiones las mas feroces y tumultuantes inspiraron á todo linage de malvados en los siglos antecedentes para arruinar, si les fuera posible, con el hierro y con el fuego la Religion y el Estado. Los soberbios monumentos de esta heregia son cuatro grandes batallas: la toma, saqueo y desolacion de la mayor parte de las mejores ciudades: los templos destruidos, las estátuas de los santos descabezadas, violados los sepulcros reales, los estrangeros introducidos en el reino, una especie de república establecida en el centro de la monarquía, y mas de un millon de franceses que los calvinistas hicieron perecer, sin ninguna forma de juicio y en medio de los tormentos mas horribles.» Estas verdaderas espresiones con que principia Maimbourg su historia del calvinismo, bastan para dar una idea en general de las innumerables calamidades que causó en Francia.

Obtuvo Calvino en 1534 una proteccion decidida de la reina de Navarra, y principió desde entonces á adquirir secuaces ocultos en Francia, en la que sin embargo no osaron declararse sino despues de la muerte de Enrique II, á saber, en 1559, cuando aparecieron en Paris las facciones que conspiraron á arruinar el reino (2). Mostráronse desde luego gefes de la faccion calvinista, Antonio, duque de Borbon, y su hermano Luis, príncipe de Condé, con quienes se reunieron el almirante Coligni y su hermano Andelot, siempre amigos fieles: el catolicismo miraba como á su ge-

(1) *Histoire du Calvinisme par Mr. Maimbourg, tom. 1, p. 2.*

(2) Daniel, *hist. de Franc. ann. 1539.*

le al duque de Guisa, único, ó al menos el principal apoyo del trono de Francia. A estos dos partidos que dividían interiormente la monarquía, debe añadirse la facción que capitaneaba el condestable Montmorency, la que hasta el principio del reinado de Carlos IX favoreció á los calvinistas, mas después se unió gloriosamente con los católicos.

Algunas semanas despues de la muerte de Enrique II, se atrevieron los calvinistas, bajo la proteccion de sus gefes, á celebrar públicamente sus juntas en París (1); y no obstante que el gobierno persiguió y castigó con la mayor severidad á muchos de ellos, en el año siguiente fué enviado Renaudie, en nombre de los calvinistas, á Inglaterra para empeñar á la reina Isabel en la revolución de Francia. Conoció el enviado las mayores esperanzas para su empresa; y habiendo regresado á Francia, recorrió todo el reino nombrando en varias provincias gefes calvinistas que ocultamente dispusiesen el mayor partido posible y le tuviesen pronto para una sublevacion. Proyectaron esta conjuracion en Nantes, y tuvo su efecto en Amboise, donde los sectarios fueron combatidos y derrotados por tres veces, pereciendo en una de estas acciones el mismo Renaudie. Tal fué la primera época calvinística, desastrosa para Francia, y precursora de otras mucho mas horribles. En ella principiaron los calvinistas á llamarse *hugonotes*; nombre que, segun algunos autores alude á una puerta de Tours, llamada de Hugo, en la que ocultamente se juntaban; ó que segun otros se deriva de la palabra alemana *eignossen* (aliados con juramento) que mal pronunciada por los saboyardos sonaba *eignots*.

A pesar de las derrotas y castigos de Amboise, descubriose inmediatamente el furor de la sedicion en el Delfinado y en otras provincias de Francia; y entonces fué cuando se declaró hugonote ó calvinista el príncipe de Condé, á quien, como tambien al rey de Navarra, instaron los rebeldes para que se pusieran al frente del tumultuante y guerrero calvinismo. En agosto del mismo año 1560 se tuvo en Fontainebleau, donde se hallaba el rey Francisco II con su madre Catalina de Médicis, un

(1) Daniel, *Hist. de Franc. ann. 1560.*

gran consejo, ó por mejor decir una asamblea general, cuyo único objeto era remediar los males causados ya por la herejía, y oponer un fuerte preservativo á los nuevos y mayores con que amenazaba á todo el reino; pero inclinados con el error la mayor parte de los asambleistas, lograron que se decretase la convocacion de los Estados generales, con las lisonjeras esperanzas de apoderarse enteramente del gobierno y arruinar de todo punto la Religion y la autoridad Real. Sin embargo, la corte, prudente aunque débil, supo tomar eficaces providencias para sofocar los funestos efectos de dicha convocacion, procurando que los diputados fueran católicos, buenos y sinceros, y haciendo arrestar á algunos protectores del calvinismo. El rey ordenó por sí mismo que se aseguraran entre otras las personas del rey de Navarra y del príncipe de Condé, mandando que á este último se le formase inmediatamente su proceso. Mas en estas circunstancias tan criticas murió Francisco II de una fistula envenenada por el cirujano calvinista que se la curaba, segun atestiguan muchos y fidedignos escritores de aquel siglo (1). En su breve reinado de diez y seis meses, se aumentaron tan desmedidamente los calvinistas en Francia, que, como dice Spondano, empezaron á ceder los castigos contra los hereges, porque su inmensa muchedumbre no pudo ya ser refrenada por la fuerza.

S. III.—Rebeliones y guerras de los calvinistas en el reinado de Carlos IX.

Habiendo muerto el rey Francisco II el día 5 de diciembre, y sucedido en el trono Carlos IX á la edad de solos diez años y medio, continuaron los calvinistas sus proyectos y concibieron nuevas y mayores esperanzas de la convocacion de los Estados generales. Reunióse en efecto la asamblea en Orleans á 13 del mismo mes, y se concluyó pacíficamente conviniéndose ambas partes en que se renunciase al Concordato con Roma sobre el nombramiento de obispos. A vista de un éxito tan inesperado, juzgaron muchos que con la dicha asamblea cesarian todas las revoluciones; pero

(1) Barnino, t. I, c. 8, p. 500.

lo cierto es, que se renovaron de allí á dos años y continuaron con mayor furor y encarnizamiento. La reina madre, regenta por la minoridad de Carlos, lisonjando la inclinacion del rey de Navarra á favor de los calvinistas, determinó que se celebrase en Poisy, un coloquio ó junta entre los católicos y los ministros de la secta, y se verificó este coloquio en el año siguiente 1561. El mismo Calvino hace mencion de esta junta en la segunda de sus ya citadas cartas al marques de Poet, y se lisonjeó, descaradamente del buen efecto de dicha junta; sin embargo, no le fué tan favorable como presumia, pues en ella perdió la secta á su principal apoyo el rey de Navarra, quien fué nombrado poco despues generalísimo de los católicos. En el mismo año hizo la reina juntar otra vez los Estados para que se confirmase su regencia del reino, y á principios del siguiente publicó un edicto permitiendo á los calvinistas tener en los arrabales de las ciudades asambleas religiosas, precursoras de las épocas funestísimas que se siguieron, las que podrán referirse en pocas palabras diciendo, que hasta octubre de 1574 en que murió Carlos IX, fué la Francia un teatro continuo de guerras civiles entre los católicos y calvinistas que profanaron las iglesias, saquearon y devastaron ciudades y pueblos enteros como en una irrupcion de los antiguos bárbaros del Norte. Pero aunque estas breves palabras basten para dar una idea en general de las sediciones que excitaron los calvinistas en estos catorce años, conviene sin embargo detallarlas mas por estenso y presentárselas épocas individualizadas.

No tardó mucho la reina en llorar con inútil arrepentimiento los malos efectos del edicto, que autorizando la tolerancia del calvinismo, abrió la puerta á innumerables apóstatas del catolicismo y hasta de sus claustros religiosos; y tuvo el sentimiento de saber por aviso del rey de Navarra que los calvinistas juntaban tropas para apoderarse de la persona del rey su hijo. Alistáronse efectivamente estas tropas bajo el mando del príncipe de Condé, del almirante Coligny y de su hermano Andelot; y en menos de dos meses hicieron sentir sus funestas influencias en París, Orleans y otras ciudades. El príncipe de Condé solicitó la alianza de los Estados protestantes de

Alemania, y escribió á todas las iglesias de Francia pidiéndoles dinero y gente; con lo cual todos los calvinistas de comun acuerdo se levantaron en masa, y principiaron sus acciones militares por el saqueo de las iglesias. Convirtiöse entonces toda la Francia en un teatro horroroso de sangre y desolacion. En vano la corte trató de nuevas negociaciones para oponer un dique al mal que ella misma habia fomentado con sus imprudentes decretos; pues aunque el príncipe de Condé se mostró pronto á acceder al partido de retirarse si se retiraba el duque de Guisa y el condestable, generales del ejército católico; sin embargo, le amedrentaron los ministros hugonotes representándole con aspereza que no podía en conciencia abandonar la empresa que habia comenzado, y amenazándole con los efectos de la ira de Dios, que le habia elegido, decian, para destruir la idolatría de los papistas, para reformar la Iglesia y restablecer la puridad del Evangelio. Iguales amenazas fulminó Calvino desde su retiro de Ginebra, pues consta, que aun en 1566 obraban los gefes franceses del calvinismo segun las instrucciones y bajo la dependencia del sínodo que habia formado el herejarca en aquella ciudad (1).

Continuóse, pues, la guerra como deseaban los hugonotes; el rey de Navarra, que capitaneando á los católicos sitiaba en setiembre de 1562 á Ruan, murió al prepararse para el asalto que queria dar por sí mismo. A 19 del siguiente diciembre se dió cerca de París una batalla tan sangrienta, que quedaron en el campo siete mil hombres entre católicos y hereges. Puede inferirse de aqui cuánto hervian las sediciones en las provincias de Francia, mientras que los calvinistas se hacian tan temibles á su corte. «Además de la Normandía, dice el citado historiador Daniel (2), la Borgoña, el Languedoc, el Poitou, la Guyena, el Delfinado y la Provenza eran continuamente assoladas por los dos partidos; porque aunque no habia en ellas tantos ni tan numerosos ejércitos como en las cercanías de París, cometíanse, sin embargo, mayores desórdenes y atrocidades.» El desgraciado éxito que contra las esperanzas de los católicos tuvo el sitio de Or-

(1) Daniel, *hist. ann. 1566.*

(2) *Ib. ann. 1562.*